

## Capítulo 10: No me busques

5 de agosto de 1945. Noche.

Kyo recorrió la ciudad como un fantasma.

Buscó a Aoi en todos los lugares donde antes la había encontrado:  
el parque del río, la entrada del hospital, la vieja tienda de dulces, el callejón donde jugaban los niños...

Nada.

La ciudad, en cambio, parecía envuelta en una calma irreal.  
Una calma que lo apretaba por dentro, como si algo invisible estuviera por romperse.

El cielo nocturno estaba despejado. Las estrellas brillaban con indiferencia.

Y Aoi... no aparecía.

Volvió a la casa con una sensación pesada en el pecho.  
La puerta seguía sin seguro. Dentro, el ambiente era extraño, vacío, como si ya no perteneciera a nadie.

Sobre la mesa del comedor había una carta, cuidadosamente doblada. Su nombre estaba escrito con la caligrafía fina de Aoi.

Kyo se quedó mirando la hoja unos segundos. Luego, la abrió.

Carta de Aoi:

Kyo:

**"No me busques.**

**Sé que lo harías. Que recorrerías cada rincón de Hiroshima solo para encontrarme. Pero esta vez, quiero ser yo quien se aleje primero.**

**Desde que llegaste, supe que no eras de aquí. Y no me refiero solo a este lugar, sino a este momento. Lo vi en tus ojos. En cómo mirabas el reloj. Como si contaras los minutos hacia atrás.**

**Sé que intentas protegerme. Y también sé que me mentiste. No con maldad, sino por miedo. Pero te perdono, porque entendí algo: incluso si no eres de este tiempo... mi amor no necesita reloj.**

**TE AMO EN SILENCIO. A cada paso. En cada palabra, en cada mirada que me diste sin darte cuenta. Por eso me voy, Kyo. No porque no quiera estar contigo, sino porque quiero que vivas. Que regreses, aunque sea sin mí.**

**Si alguna vez el tiempo te regala un nuevo comienzo... sonríe. Camina. Y no mires atrás.**

**Yo estaré ahí, de alguna forma. Así como te atravesaste en esta línea de tiempo, yo estaré en donde tu estes. En cualquier rincón del tiempo."**

—Aoi.

Kyo dejó la carta sobre la mesa, con las manos temblorosas.  
No lloró. No podía. Era un nudo más profundo que eso. Algo que ni siquiera el llanto podía desatar.

Cerró los ojos.

Aoi lo amaba.  
Y se había ido para salvarlo.

Pero ¿podía él vivir sabiendo eso?

Minutos después, salió de la casa con paso firme.

En su bolsillo, la carta.  
En el pecho, el silencio.  
Y en la espalda... una ciudad a punto de romperse con la luz.